

plidad. Mr. de Sainneville recibe orden de volver á Lyon, donde en vano manifiesta sus dudas sobre la realidad de los peligros conocidos. El prefecto y el *maire* los atestiguan, y trescientos sospechosos son encerrados en los calabozos. El tribunal prebostal se reúne, divide la causa, juzga separadamente á los acusados de la ciudad y de cada pueblo, como para agravar la importancia del crimen con la multiplicidad de los focos de conjuración. Diez cabezas caen sobre el cadalso en la ciudad y once en los pueblos; ciento diez acusados escapan de la pena capital, pero son condenados á la deportación ó á las galeras. Columnas movilizadas de tropas y gendarmes lanzadas á los campos, esparcen por todas partes el terror y la delación, mientras que agentes pérfidos provocan nuevas insurrecciones para tener que prestar otros servicios.

Entretanto el comisario general de policía Mr. de Sainneville, testigo de aquellos sucesos, vuelve á París y los denuncia á los ministros. Una duda siniestra se despierta á su voz en el alma del duque de Richelieu, de Mr. Lainé, de Mr. Decazes y del rey, quienes desean de investigar la verdad en aquel dédalo de crímenes reales, de crímenes supuestos y de suplicios incesantes, hacen partir para Lyon al mariscal Marmont, investido del título de lugar-teniente del rey en aquellas provincias. El coronel Fabvier, su gefe de Estado mayor, acompaña al mariscal, y la presencia de uno y otro en Lyon hace brotar al fin la verdadera luz sobre aquel enigma de falso celo, de tramas confusas, de temores recíprocos, de policía, de terror é iniquidades. Los acusadores se acusan á sí mismos, los testigos se desmienten, los agentes de doble lengua se descubren, y el fantasma de los supuestos peligros y la importancia de los servicios exagerados se desvanecen. El mariscal Marmont suspende á nombre del rey los procedimientos, todavía pendientes, y las amnistías individuales dulcifican ó anulan las pe-

nas. El prefecto y el general son llamados á París, á donde vuelven también Marmont y Fabvier, no sin dejar amargos resentimientos contra ellos en el alma de los realistas humillados. La conjuración de Lyon, explotada por los dos partidos, y que por espacio de muchos años fué el testamento de acusaciones mútuas, sigue siendo uno de esos misterios de los tiempos agitados, donde la luz no descende jamás hasta el fondo.

## XXXI.

Entretanto el ministerio, separado de toda alianza con el partido opuesto al golpe de Estado del 5 de septiembre, había admitido sucesivamente en el consejo á Mr. Pasquier á la cabeza del ministerio de Justicia, á Mr. Molé al frente de la Marina, y al mariscal Goubion-Saint-Cyr al frente del ejército. Estos hombres, todos tres de capacidades diversas, pero eminentes, fortificaban el consejo del rey, y atestiguaban por parte del joven ministro que los había propuesto á su soberano, un celo exento de envidia por su servicio. Sin duda en aquel momento procuraba Mr. Decazes servir mas bien que dominar, puesto que se daba á sí mismo en sus nuevos colegas, como se había dado en Mr. Lainé, rivales y aun superiores en la dirección de los negocios. Mr. de Serre presidía la Cámara: Guizot, Barante, el duque de Broglie y Villemain, hombres de esperanzas, formaban por diversos títulos en torno del ministro favorito no solamente una familiaridad, sino también una opinión. Versados todos en el estudio de la historia constitucional de Inglaterra, habiendo sentido al nacer el peso humillante del despotismo de Napoleon sobre el pensamiento y la dignidad del alma, extraños todos ó por su nacimiento ó por su juventud, á las supersticiones de la corte del an-

tiguo régimen, tendian de buena fé á reconciliar la Francia nueva y la vieja monarquía, madurando á la una y rejuveneciendo á la otra. Dotados de un talento mas erudito que creador, tenian bastante perspicacia para comprender las analogías entre la revolucion de 1688 y la de 1789, aunque no bastante genio para comprender sus diferencias. Sus doctrinas no eran mas que imitaciones: querian constituir en Francia, sin tener elementos para ello, un partido parlamentario entre el rey, la nobleza y el pueblo, apoderándose del gobierno por derecho de superioridad, de inteligencia ó de ambicion, oponiendo el pueblo al rey, el rey al pueblo y el espíritu plebeyo á la nobleza, y fundar de esta suerte una casta de gobierno independiente de todas esas fórmulas sociales que subsisten y se sostienen por el talento, el manejo de los negocios, la pluma y la tribuna, como esas razas extranjeras, pero dominadoras, que se imponen y mantienen en el Oriente entre el pueblo y el soberano. Todos los hombres gastados, pero no cansados, de los viejos partidos revolucionarios ó realistas, y todos los jóvenes que se creian con alguna superioridad de talento, de palabra, de carácter ó de ambicion, se reunian á ellos, siendo los distintivos dominantes de su escuela, la estimacion de sí mismos y el desprecio al vulgo. Insinuantes como una intriga, é intolerantes como un dogma, se asemejaban á esas sectas religiosas que adulaban al mundo para dominarlo. Algunos hombres de elevado talento, como Serre y Royer-Collard, aceptaban el patronazgo que aquellos jóvenes sectarios les proponian para honrarlo con su consideracion, y entretanto el rey y Mr. Decazes recompensaban y estimulaban su celo á fin de intimidar al partido de la corte y dominar por medio de ellos al partido revolucionario: peso movable que el ministro de Policia, joven como ellos, podia llevar alternativamente de un lado á otro de la opinion para constituir ese gobierno de equilibrio que queria crear en provecho del rey.

Aquellos hombres sin raices profundas y sin vínculos con el fondo del pais, eran muy á propósito para ese papel. La primera de sus doctrinas era su propia importancia, y nada tenian que rehusar al despotismo ministerial de Mr. Decazes, con tal que este ministro no les negase nada á ellos en influencia y en ascendiente. Mr. de Richelieu no comprendia este nuevo partido, pues acostumbrado al servilismo griego de las cortes absolutas del Norte, no veia en aquellos jóvenes ambiciosos mas que unos servidores hábiles y adictos á la corte. Mr. Lainé, republicano de carácter y realista por lealtad, conocia por instinto el espíritu de intriga que corrompia aquel partido de la juventud, y por lo mismo aceptaba tan exagerado celo con secreta repugnancia; Mr. Pasquier lo halagaba como instrumento de reinado; Mr. Molé como elemento útil del principio de autoridad real, cualquiera que fuera el príncipe, y Mr. Decazes se dejaba engañar completamente por él, sin que por eso se adhiciese á ese partido por sus convicciones ni por su naturaleza, pues reservaba su corazón al rey y su política á las circunstancias. El rey, orgulloso y satisfecho de verse rejuvenecido en aquel partido que habia nacido bajo la influencia de su reinado, y estaba destinado á servir su pensamiento personal, colmaba de sonrisas, de favores y muestras de confianza á los amigos de su ministro favorito.

Mr. Decazes conquistaba cada vez mas á aquel título en apariencia tan contradictorio con la indole de un gobierno constitucional, en el que la amistad personal del rey no entra para nada en el consejo de sus ministros; mas la monarquía constitucional estaba tan reciente y tan indecisa todavía en Francia en aquella época de 1817, que nadie, á escepcion de los rivales de corte, pensaba en disputar al rey el derecho de tener sus amigos, y todo el mundo se inclinaba delante del favor. Este favor, que habia tenido bastante poder para decidir al rey á romper

con lo pasado por medio del golpe de Estado contra sus exagerados amigos, era ya en aquel momento una especie de omnipotencia de que dependia la suerte de todas las ideas. Mr. Decazes era el árbitro de los realistas y de los liberales. Adulábanle los primeros como á confidente de la corona, y servíanle los segundos como moderador de la monarquía y conservador de la Carta. Amábale el rey hasta en su familia, y se rodeaba de todo lo que pudiera recordarle á su ministro. Asi es que habia mandado á llamar á París á una hermana suya, jóven y hermosa, casada en Burdeos, á fin de que viniera á gozar del favor de su hermano y templase con la gracia propia de las mugeres esas recepciones oficiales que son en Francia un adorno obligado del poder. Desde el primer golpe de vista quedó el rey prendado de su fisonomía y candor, admitiéndola y aun obligándola á una especie de familiaridad de conversacion con él. Estas expansiones de ánimo que un príncipe valetudinario se permitia tener con una muger nada ambiciosa ni intrigante, dieron pábulo á la envidia y á las interpretaciones mas odiosas de palacio; empero estas interpretaciones cayeron ante la modestia y ante el desinterés de la nueva favorita del rey, puesto que no aprovechó en lo mas mínimo para su fortuna aquella intimidad casual con el príncipe. Habia entrado pura de toda deshonra en el palacio y pura salió de él despues de la caída de su hermano.

El rey, que queria dar á la fortuna de su ministro íntimo una base mas permanente que su amistad, se ocupaba él mismo en hacerle adoptar por una de esas familias cuya adopcion naturaliza á los hombres nuevos en las razas antiguas. Mr. de Saint-Aulaire que en primeras nupcias se habia casado con una hija del príncipe de Nassau-Saarbrück, y en segundas con una jóven hermosa que por sus gracias y talento reinaba en los salones aristocráticos y literarios de París, tuvo del primer matrimonio una hija. Esta hija era heredera del nombre de su padre, de la for-

tuna primogénita de una rama de los Nassau y del imperio de su segunda madre sobre el mundo literario y político de los salones. El mismo rey escribió á Mr. de Saint-Aulaire pidiéndole la mano de su hija para su ministro. Demasiado leal Mr. de Saint-Aulaire para resistir á los deseos del rey, amigo político de su yerno futuro, huésped habitual de aquel partido nuevo de que eran foco su casa y la de Mr. de Broglie, accedió á las instancias del rey, y Mr. Decazes, plebeyo repudiado por los realistas, entró por el favor en la aristocracia. Esta fortuna del ministro favorito irritó á la aristocracia sin subyugarla. Le acusó á Mr. Decazes de vanidad, á Mr. de Saint-Aulaire de complacencia, y al rey de profanacion de su nobleza.

El ódio contra el favorito se aumentó con su elevacion.

## XXXII.

Como las elecciones de la Cámara y la calma del pais permitian al duque de Richelieu ausentarse, resolvió pasar al congreso de Aquisgran, donde los ministros de las grandes cortes iban á reunirse llamados por el emperador Alejandro é instados por el rey para deliberar sobre la evacuacion anticipada de la Francia por los cuerpos que la ocupaban; mas el partido desesperado que acababa de perder toda su preponderancia por el decreto de 5 de setiembre, veia con terror que la mano de la Europa se retiraba de nuestros negocios y entregaba la Francia á la esclusiva dominacion del rey y á la política de su ministro. El duque de Richelieu, el embajador de Rusia Pozzo di Borgo y el lord Wellington, condescendiendo con los apasionados deseos del rey, obraban de acuerdo para abreviar la humillacion de la Francia y decidir á la coalicion á devolverla su nacionalidad y su independencia; pero no faltaban hombres que mas aficionados á

la servidumbre que deseosos podían estar sus enemigos de prolongar mas tiempo su opresion, urdian en Paris en los conciliábulos de la facción retrógrada una intriga apócrifa para mendigar la intervencion del extranjero en los negocios del país. Esta intriga, mas digna del nombre de complot, que continuaba en una parte del palacio las tramas de la emigracion, estalló de repente con la publicacion de una memoria dirigida secretamente á las córtés estrangeras y que á causa de este misterio recibió el nombre de *nota secreta*. Esplosion sorda de la cólera del partido retrógrado, emanacion de los temores simulados de los amigos del conde de Artois, resumen de los agravios de ambicion de algunos hombres que la prudencia del rey habia lanzado en la oscuridad, aquella nota, de una diplomacia oculta y de doble sentido, era mucho mas culpable en su espíritu que en sus términos. No decia formalmente á la Europa que continuara y aumentara su vigilancia armada sobre la Francia y aun rebotaban patriotismo sus palabras; pero al pintar á los ojos de los estrangeros á la Francia como un pueblo en disolucion social donde *el gobierno se sostiene solamente con la presencia de los ejércitos estrangeros*, y al concluir con una presion decisiva sobre el rey para obligarle á cambiar de sistema y de ministerio, la *nota secreta* indicaba perentoriamente á las córtés estrangeras la necesidad de proseguir todavía la ocupacion de la patria so pena de una conflagracion universal. Esta era la primera revolucion auténtica de aquel gobierno ó de aquel contra-gobierno oculto compuesto de hombres, sincera, pero ciegamente convencidos de la pérdida de la monarquía en las manos del rey y de otros hombres interesados en agitar la córte y solícitos de explotar en provecho de su ambicion impaciente el reinado del príncipe á quien estraviaban.

La opinion pública achacó á Mr. de Chateaubriand la redaccion de aquella denuncia de la Francia al mundo, á causa de espresarse en ella algunas de sus doctri-

nas y traspirarse su grande enemistad contra los ministros. En efecto, Mr. de Chateaubriand tenia entonces relaciones con los hombres ocultos de la córte del hermano del rey; pero semejante denuncia de su patria á la Europa, ofendia el patriotismo de aquel ilustre escritor, y se apresuró á rechazar lejos de sí la sospecha como una injuria. Por otra parte, él era incapaz de tomar las armas del extranjero para combatir en el interior al partido mismo á quien detestaba. El autor de la *nota secreta* era, segun se decia, Mr. de Vitrolles, que la habia redactado por instigacion del conde de Artois, ó comunicado á lo menos á este príncipe antes de dirigirla á los ministros de las potencias. Al saber el duque de Richelieu por sus agentes diplomáticos en Alemania, la existencia de aquella pieza estraña, no pudo menos de consternarse y deplorar amargamente la inutilidad de tantos esfuerzos y sacrificios por la emancipacion de su patria, perdidos ó contrariados por una conspiracion tan antinacional, cuya triste revelacion habian recibido los mismos á quienes servia con tanto desinterés. Apresuróse á escribir al emperador de Rusia, en cuyo ánimo comenzaban á influir aquellos manejos, á fin de no entibiar su antigua confianza en él y su constante generosidad por la Francia. Pozzo di Borgó y el duque de Wellington, indignados, aunque estrangeros, de aquella perversidad de los partidos, ayudaron eficazmente al duque de Richelieu para con los soberanos á fin de ahuyentar de sus ánimos las sombras artificiosas de la diplomacia oculta. El 20 de setiembre se abrió el congreso bajo mejores auspicios. El príncipe de Metternich, acompañado de ese séquito de generales y publicistas de la córte de Viena, animados de su espíritu, los cuales dominaban entonces la Alemania; Mr. de Nesselrode y Mr. Capo d'Istria, confidentes políticos del emperador Alejandro; el duque de Wellington, generalísimo europeo; el lord Castlereagh y Mr. Canning, hombres de Estado de Inglaterra, y en fin Mr. de Riche-

lieu habian desarmado á los soberanos. Este último habia llevado consigo á aquellas conferencias dos jóvenes, amigos de su persona y de su política, para auxiliarle con sus consejos y su palabra en las transacciones de aquel tratado. El uno era Mr. de Rayneval, natruido desde su infancia en las tradiciones de la alta diplomacia francesa, que su padre habia dirigido en tres reinados; el otro era Mr. Mounier, hijo del presidente de la Asamblea nacional en 1789, secretario íntimo de Napoleon durante el Imperio, y á la caída de éste, adicto á esa monarquía constitucional soñada por su padre, hombres los dos á quienes por la moderacion de su carácter y por sus talentos podian confiarse los mas delicados asuntos de Europa, sin temer ni exceso de celo, ni indiscrecion, ni menos falta de probidad. La formalidad de Mr. Rayneval, la autoridad natural de Mr. Mounier y la rápida inteligencia de ambos eran cualidades muy á propósito para verlo, simplificarlo y resolverlo todo bajo la direccion del primer ministro, que era al mismo tiempo amigo suyo. Estas elecciones, que merecieron la completa aprobacion de Mr. Lainé, eran preliminares felices de triunfo.

## XXXIII.

La presencia del emperador de Rusia y su amistad para con el duque de Richelieu impusieron el asentimiento de los demas gabinetes á los deseos del rey de Francia. «Vuestra nacion es valiente y leal, dijo Alejandro á los plenipotenciarios franceses, y sufre sus infortunios con heroica resignacion, ¿me respondeis de ella? ¿La creéis bastante sensata para que pueda verificarse sin riesgo la evacuacion? ¿Pensais que su gobierno esté sólidamente afianzado? Hablad francamente; soy admirador y amigo de vuestra nacion; no pido mas que vues-

tra palabra. No temo, añadió, el desarrollo de los principios liberales en Francia, yo tambien soy liberal; quisiera ademas que vuestro soberano ligase mas fuertemente los nuevos intereses á su trono por medio de algun acto notable. Temo á los *jacobinos* (nombre revolucionario de los demagogos); los odio; procurad no echaros en sus brazos; la Europa no quiere ya el jacobinismo. Solo una santa alianza fundada sobre la moral y la religion puede salvar el órden social. En nombre del cielo, señor de Richelieu, salvemos el órden social.» Estas palabras y la emision de ese pensamiento divino, en que habian imbuido al jóven soberano de tantos millones de hombres los reveses y los triunfos, daban á conocer al libertador del continente y en aquella sazón al moderador del mundo. Semejantes sentimientos, inspirados ó recomendados por el emperador de Rusia á las personas que le rodeaban, orillaron al punto las dificultades secundarias que el duque de Richelieu debia encontrar en las pretensiones y en las ambiciones de las demas córtes. Se proclamó la evacuacion de la Francia, y los comisionados franceses y estrangeros fijaron en doscientos sesenta y cinco millones las cuentas definitivas de indemnizacion por causa de guerra. En honra y prez de estos liquidadores de tan gran deuda debe consignar la historia que al salir del ministerio el duque de Richelieu fué honrado, á causa de su modesta fortuna, con un subsidio personal de su pais, y que Mr. de Rayneval murió en la pobreza, no dejando mas herencia que su nombre, y que despues de la muerte de Mr. Mounier, su esposa y su hijo tuvieron que vivir á espensas del Estado en un rincon de la Francia.

Reconciliada así esta nacion con la Europa entraba por medio de artículos secretos en la confraternidad de los reyes y en el espíritu de la Santa Alianza. Firmada el acta de aquel congreso, el emperador Alejandro quiso llevar él mismo en persona al rey de Francia la expresion del respeto que profesaba á sus canas y de su alian-